

DECONSTRUYENDO LA FICCIÓN DEL REINO DE RIABBA: LA VISITA AL REY MOKA DE JOSÉ VALERO Y BELENGUER

DECONSTRUCTING THE FICTION OF THE RIABBA'S KINGDOM: THE VISIT TO THE MOKA KING OF JOSÉ VALERO AND BELENGUER

*Miquel Vilaró i Güell**

1. INTRODUCCIÓN

Pasar por alto el diario de José Valero Belenguer, aparecido entre 1891 y 1892 en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid* bajo el epígrafe «La Guinea Española» (Valero 1891 y 1892),¹ es, en mi apreciación, el lapsus más llamativo de los dos artículos sobre el supuesto reino de Riabba, publicados recientemente por el antropólogo Juan Aranzadi, en los que plantea una revisión crítica de las obras de Baumann y Frazer, así como de las aportaciones de los misioneros claretianos, en aras a establecer indicios de sospecha sobre la posibilidad de que dicho reino nunca hubiese existido como tal (Aranzadi, 2018).

En la construcción intelectual de la idea de que en la isla de Fernando Poo existió un protoestado bubí resultan obvios los intereses coloniales y misiona-

* Departament de Geografia. Universitat Autònoma de Barcelona. mvilarog@gmail.com.

¹ Este mismo texto fue replicado en la *Revista de Geografía Comercial*, t. IV, 1891, pp. 169-179 y 181-201 y t. IV, 1892, págs. 221-240.

les españoles, necesitados, en pleno proceso de ocupación de la isla de Fernando Poo, de una autoridad máxima que permitiera sortear la compleja panoplia de muchucus que ejercían su potestad de forma independiente sobre áreas limitadas del territorio, no todos partidarios de recibir con los brazos abiertos el generoso amparo del Reino de España, y mucho menos dispuestos a condescender con la propuesta de los misioneros claretianos de llevarse a sus hijos para educarlos en internados católicos.

El interés, el desconocimiento y cierto grado de credulidad otorgaron, sin apenas debate, la categoría de hecho real a la existencia en Riabba, en las elevadas regiones centrales del paso natural entre San Carlos y Concepción, de un muchucu de muchucus, conocido por Moka, elevado de inmediato por la población criolla de Santa Isabel, por viajeros esporádicos y por los mismos colonizadores a la categoría de 'rey', recurriendo a forzadas analogías históricas. En la fragua de esta entelequia, el protagonismo de los discípulos de Claret, y en particular del padre Joaquín Juanola, resulta menos discutible que las aportaciones fantasiosas de Baumann, replicadas insistentemente por otros antropólogos.

Basta leer el tono burdo y condescendiente con que es descrito el presunto reino de Riabba en la obra del padre Pujadas, *La Iglesia en la Guinea Ecuatorial*, para tomar conciencia del interés de los claretianos de entronizar (como en un cuento de hadas) a Moka y convertirlo en un monarca proclive a sus afanes proselitistas sacando provecho de la leyenda urbana que corría por Santa Isabel. Así, en el libro de este hagiógrafo claretiano, los poblados sujetos a su autoridad se transmutan en su «feudo», la choza donde reside pasa a ser su «palacio real», y la tosca silla donde se sienta muda en «trono»; por no hablar de sus mujeres, elevadas todas a la categoría de «reinas»; o de los guerreros que lo protegen, trocados por una alquimia extraña en una guardia pretoriana llamada *Lojúá*, «compuesta de varios centenares de hombres escogidos, dotados de una fuerza hercúlea y hábiles en el manejo de las azagayas y de las escopetas de pistón» (Pujadas 1968, 259).

La referencia a esta última habilidad con las armas de fuego, introducidas, sin posibilidad de réplica, por los europeos, ya invalida por sí sola la tesis de aislamiento e invisibilidad del supuesto reino. Otra cosa bien distinta sería considerar la carga espiritual y simbólica del valle de Moka en la cosmovisión bubi y, en especial, la figura del *Abba* (Martín del Molino, 1993), pero no es el propósito de este artículo. Aun así, conviene recordar que en esas despliegas y cambiantes lecturas de referentes espirituales e identitarios, que tan a menudo otorgan simbolismo a accidentes geográficos singulares, puede acontecer con los actuales valedores del folclore bubi lo

mismo que sucedió, por tomar un ejemplo, con la montaña de Montserrat cuando a partir de la Renaixença pasó a ser un referente místico (y muy oportuno) en la construcción de la identidad catalana. No es por casualidad que para una nueva simbiosis entre orografía y simbolismo religioso los claretianos, defensores acérrimos del culto mariano, rebautizaran el cerro más alto que preside el valle de Riabba con el nombre de monte San Joaquín, padre de María, madre de Jesús, a la vez que santo patrón del ‘explorador’ del ‘misterioso’ desfiladero.

2. EN ARAS A UN BIEN SUPERIOR

Desde sus primeras visitas al valle de Moka en 1887, Joaquín Juanola, recién llegado de la isla de Annobón, su primer destino como misionero en Guinea, se mostró favorable a la idea de «trabajar unidos la Misión y el Gobierno» para doblegar la voluntad de los voluptuosos y ociosos muchucus, reacios a ceder a sus hijos para ser educados en los internados claretianos, según él por necesitar «tantas mujeres y chicos para su poltronería». En su afán para arraigar las misiones católicas, creando una red de internados como principal estrategia de implantación en el territorio, Juanola no solo buscó incardinar a un rey bubí, sino que quiso someterlo a sus designios, ya fuese con el brillo de las prebendas que sus súbditos podían obtener de la buena disposición de una ‘cultura superior’; ya fuese, en caso de reticencia, con la amenaza de sus poderosas armas de guerra.

El mismo padre Pujadas ofrece ejemplos en ambos sentidos: por un lado, a instancias de los claretianos, el rey Moka lo mismo ejerce de servil mediador para poner paz en los conflictos entre muchucus, que de autoridad máxima que emite ‘decretos reales’ para declarar la obligatoriedad de la enseñanza. Y por el otro, si hay jefes de poblados contrarios a la misión, los misioneros no tienen empacho alguno en recurrir al cañonero *Pelicano* para que con el estruendo de sus cañones y ametralladoras recuerden a su magestad bubí lo que les podría pasar a sus muchucus vasallos, y a él mismo, en caso de no seguir los dictados de los misioneros. En opinión de Juanola, para el éxito de esa nueva alianza entre la espada y la cruz bastaba con que cada uno supiera interpretar bien su papel para convencer al rey Moka, ya fuera con sermones y regalitos, ya fuese con escopetas y cañones:

«Por su parte, el Sr. Cheli, comandante del barco, supo muy bien jugar el papel. A las puertas mismas de Moca estuvimos, yo por tercera vez, y,

*como él estuviese quejoso porque los niños, y aun niñas, iban a la Misión, el Sr. Comandante le cantó la cartilla y le dijo: «Él dice que si los niños y niñas van a la Misión, luego uno quiere a otra y el Padre los casa y pierdes». «Esto –le respondió– es lo que debe ser, y cuidado con molestar a la Misión; si no estas armas que traigo para defenderte y que te respeten todos los bubis serán para castigarte». Lo que no le gustaba mucho. Pero tuvo que callarse. Y así se hizo en todas partes: respeto al Gobierno y a la Misión».*²

De haber sido Moka el rey de toda la isla, ¿qué necesidad hubiese tenido de hacerse respetar con el auxilio de las armas de los colonizadores? Queda claro que Juanola no buscaba en Moka otra cosa que un rey de paja para blindar entre los bubis el respeto para una misión en ciernes, y empecinada en armar una estrafalaria malla de internados como vía expedita de acumulación de neófitos. Qué duda cabe que en el atomizado sistema de distribución del poder en Fernando Poo no había mejor modo para conseguir implantar esta red que lograr que todo ello se hiciese por ‘decreto real’, por lo que era imprescindible disponer de un ‘rey’, aunque fuera de postín. Con que la muy católica y restaurada monarquía española lo aceptara, y estuviese también ella en su papel, era más que suficiente.

Todo parece indicar, pues, que Juanola, descrito por Valero como «enérgico y afable» (dos facetas que admiten lecturas contrapuestas), no tuvo ningún remilgo a la hora de asignarse el rol de gran estratega para imponer, por las buenas o por la fuerza, el peculiar proyecto claretiano de conquista espiritual, avalando desde buen principio los poderes regios de Moka, que debían redundar siempre en beneficio de la misión. Según Antonio Aymemí, Juanola fundó la misión de Concepción a mediados de febrero de 1888, y a los pocos meses, el ‘rey de los bubis’ no se abstuvo de recordar al P. Manuel Puente, superior de la nueva sede, que si los pueblos vecinos (que no los de la isla entera) les ocasionaban daños o molestias «se lo indicase, con el fin de castigarlos según justicia; y lo mismo si los moradores de la Misión causaran algún gravamen a los citados pueblos, “porque tengo derecho de quitar la vida a los que contravengan a mis disposiciones”». El 24 de septiembre de este mismo año, el P. Puente y el H. Lacunza subieron «a las alturas de Biapa, corte del rey, para saludar y ofrecer sus presentes al rey Moka y a su jefe subalterno, llamado Sas Eubera», lugar al que Puente re-

² Carta del P. Joaquín Juanola al P. José Mata. Santa Isabel, 18 de marzo de 1892. Transcrita por Jacint Creus en *Epistolario del P. Juanola, c.m.f. (1890-1905)*. Vic, CEIBA Ediciones. Documentos de la Colonización 8, pp. 19-20.

gresó el 13 de marzo del año siguiente para rogar a Moka que hiciera obligatoria la enseñanza.

Es decir, las relaciones entre el 'invisible rey Moka' y la misión de Concepción fueron regulares e interesadamente promovidas desde buen principio por los misioneros, y sin rechazo alguno por parte del monarca. Entre 1888 y 1899, año de la muerte de Moka, Aymemí documenta hasta ocho expediciones de claretianos a Moka para rendirle pleitesía, teniendo como punto álgido 1897, el año de las dos 'visitas oficiales', la una civil y la otra religiosa, como mandaban los cánones en este nuevo consorcio entre poder civil y poder religioso: la del gobernador general, Adolfo España, acompañado de los padres Juanola y Albanell, que se desplazó con gran boato a Moka en febrero; y la del mismo Prefecto Apostólico, Armengol Coll, acompañado de los padres Mallén y Aymemí, quienes subieron desde Musola a las alturas de Riabba para departir dos días de auxilio espiritual en la remota villa y corte, en donde el rey «se esmeró en obsequiarles» (Aymemí, 1942).

Para una mejor comprensión del contexto, es necesario recordar que Juanola, convertido en la mano derecha del recién llegado prefecto Coll, defendía la creación de una red de internados como un camino idóneo «para adquirir los beneficios de la civilización», aunque con ello se contrariase los derechos y deberes de la patria potestad, perfectamente regulados en el Código Civil vigente por entonces en España. Argumentaba que si no fuera así, sería en primer lugar irracional porque la patria potestad debe ser siempre en beneficio de los hijos o, en todo caso, para evitarles males mayores. En la colonia, la civilización era un «bien superior» que la patria potestad destruía, porque no hacía otra cosa que mantener a los menores en la vida salvaje. En segundo lugar, resultaba perjudicial para los hijos, por obligarles contra su voluntad a continuar en su estado salvaje. En tercer lugar, iba en contra de la propia raza, porque en su condición actual los indígenas ni vivían ni progresaban. Y, en cuarto lugar, con el tiempo sería una situación que se giraría en contra de la metrópoli, porque mientras no se los civilizara no se sacaría de ellos ningún provecho. Subordinarlo todo a la patria potestad era negar un beneficio mayor, tanto para ellos como para el Estado que los tutelaba. Por esta razón, Juanola argumentaba que la estancia de los nativos en los internados de la misión podía perfectamente compararse con el servicio militar obligatorio, para el cual se prescindía tanto de la patria potestad como de la voluntad de los hijos con el propósito de someterlo todo al bien común.³

³ Archivo General de la Administración (AGA). África-Guinea (A-G). Caja (C) 6948. Expediente (E) 14. *Internado de los indígenas en las Misiones.*

Es por todo lo expuesto que resulta muy llamativo el grado de énfasis que el padre Juanola ponía en el realce del poder que ejercía el muchucu de Riabba dependiendo del interlocutor que tenía delante. Los oropeles de Moka aumentaban o disminuían en correlación directa con el grado de oficialidad y la categoría política de quienes lo acompañaban en sus asiduas excursiones a los parajes del interior de la isla. El contraste entre las expediciones ‘oficiales’ guiadas por Juanola al rey de Moka de 1887 y 1897 (a las que habría que añadir la de febrero de 1892 con el comandante del *Pelícano*, Dionisio Shelly), y la simple excursión a Moka que José Valero realizó durante los días en que se dedicó a dar una vuelta completa a la isla de Fernando Poo, entre febrero y marzo de 1891, en calidad de delegado de la Sociedad Geográfica de Madrid, acompañado también por Juanola, resulta de lo más elocuente.

Pasemos pues a exponer quien era y qué misión cumplía José Valero en Guinea para abordar, a seguir, la validez de su punto de vista.

3. EL AVAL DE LA SOCIEDAD GEOGRÁFICA DE MADRID

El 1 de marzo de 1890, siendo Oficial 1.º del Cuerpo Administrativo del Ejército, José Valero y Belenguer, obtuvo una comisión de servicios, por el término de un año, para las Posesiones Españolas del Golfo de Guinea con la mira de «establecer factorías, fomentar relaciones con los indígenas y trabajar en interés de la ciencia geográfica». ⁴ Estas tres premisas condensadas en su Hoja de Servicios respondían a sus dos cometidos principales: el de agente al servicio de la Compañía Trasatlántica, promotora de una expedición organizada por Claudio López Bru, segundo marqués de Comillas, y liderada por Emilio Bonelli (por aquel entonces un militar en comisión del servicio con experiencia en Río de Oro), ⁵ para fundar factorías en Río Muni y abrir la colonia al comercio con la Península; y el de delegado de la Sociedad Geográfica de Madrid (SGM), a la sazón abanderada en la defensa de los derechos de España en la zona continental, muy cuestionados por Francia.

Cabe puntualizar que el viaje de José Valero a Guinea no se dio, en un principio, por iniciativa propia, sino como resultado de las maniobras de Francisco Coello, Presidente de la SMG, cuando Valero solicitó a la Junta Directiva de este organismo recomendación y apoyo para ser admitido como agente

⁴ Archivo General Militar de Segovia (AGMS). LGA: B-305. Expediente del Oficial 1.º del Cuerpo Administrativo del Ejército don José Valero y Belenguer.

⁵ AGMS. Hoja de Servicios de Emilio Bonelli Hernando.

al servicio del Estado Libre del Congo, con destino a una de sus estaciones civilizadoras. El mismo Coello, conocedor de las «relevantes dotes del peticionario» y de la situación de abandono en que se encontraban los intereses coloniales españoles en el Golfo de Guinea, lo valoró como un candidato idóneo para afianzar a través del comercio, el conocimiento geográfico y las relaciones con los naturales la soberanía española en la región continental, motivo por el que le propuso que se integrara en la expedición de la Trasatlántica, presta a partir, y se preocupó de cursar de su puño y letra una instancia a la Intervención General Militar para que le fuera concedida una comisión del servicio por espacio de un año con el mismo salario que percibía como militar, dado el carácter «altamente patriótico» de su empresa.⁶

La expedición partió del puerto de Barcelona en marzo de 1890, arribando el 24 de abril a la isleta de Elobey Chico. Desde mediados de junio hasta finales de enero del año siguiente, Valero se dedicó a recorrer la región continental, primero por el estuario del Muni, donde, en compañía de Emilio Bonelli, se adentró en sus principales afluentes para implantar algunas factorías y rectificar varios errores en los mapas disponibles, continuando poco después, ya sin Bonelli, por la región de cabo San Juan, para posteriormente trasladarse a la cuenca del río Benito.

Analizar los pormenores de su provechosa estancia en el Muni no es el objeto de este artículo, centrado en su visita al ‘rey Moka’ durante una fase concreta de la segunda etapa de su viaje, de la que daremos cuenta en el apartado siguiente. Sin embargo, no está de más anotar que sus recorridos por la zona continental para realizar estudios etnográficos y buscar lugares idóneos para establecer factorías sirvieron para que los miembros de la Sociedad Geográfica de Madrid conocieran con mayor exactitud la localización y costumbres de las tribus de los territorios que recorrió; y que la fundación de diversas factorías en enclaves muy disputados con Francia fuera útil para frenar el impulso francés en la región y dar mayor relieve al *statu quo* firmado en 1886 entre Francia y España en tanto no se resolviera el diferendo territorial en la región. Valero recorrió el Muni en un momento especialmente vulnerable para los intereses españoles porque los franceses, con Pierre Savorgnan de Brazza como Comisario General del Congo Francés, consideraban todo el Muni como perteneciente a su recién unificada colonia, por lo que sólo reconocían la frontera de río Campo, que los separaba del protectorado alemán de Camerún (Vilaró i Güell, 2012).

⁶ AGMS. LGA: B-305. Instancia de Francisco Coello al inspector general de Administración y Sanidad Militar. Madrid, 21 de febrero de 1890.



Fig. 1. Detalle de la parte sur del mapa de África correspondiente a la zona del golfo de Biafra, donde puede apreciarse que la frontera norte del recién unificado Congo francés es el río Campo, sin que se considere posesión española alguna en la zona más allá de las islas de Fernando Poo, Corisco, Elobeyes y Annobón.

Fuente: Atlas de Géographie Moderne. París: Librairie Hachette, 1894, mapa 50.

A su regreso, Valero publicó un extenso informe en forma de diario, bajo el epígrafe de «La Guinea española», en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid* (y al mismo tiempo en la *Revista de Geografía Comercial*) que fue muy valorado en el seno de esta institución y rápidamente replicado en diversas publicaciones geográficas extranjeras.⁷ A propuesta de la SGM, el 27 de diciembre de 1892 le fue concedida la cruz de segunda clase de la Orden del Mérito Militar. Según José Antonio Rodríguez Esteban, con su expedición, Valero no sólo facilitó datos sobre la localización de los poblados aborígenes en la región continental, a la vez que promovió la creación de factorías españolas en Santomé, Melondo, Membale y otros puntos del continente que sir-

⁷ AGMS. LGA: B-305. Instancia de Francisco Coello al Ministro de la Guerra. Madrid, 14 de junio de 1892.

vieron para frenar el impulso francés en la zona, sino que, en relación a Fernando Poo, aportó datos geográficos y etnográficos muy relevantes que valieron tanto para rectificar «juicios erróneos de otros viajeros», como para entablar relaciones con los bubis, demostrar sus aptitudes para el trabajo agrícola y situar correctamente sobre el mapa la distribución de sus asentamientos (Rodríguez Esteban, 1996).

Basta leer los discursos de Francisco Coello, Rafael Torres Campos, Eusebio Jiménez Lluesma, Antonio Blázquez Aguilera, Ricardo Beltrán Rózpide y Gonzalo Reparaz, todos ellos destacados africanistas, pronunciados en la sesión extraordinaria de la SGM, celebrada el día 21 de Noviembre de 1893 a raíz de su trágica muerte en combate en el puesto de Cabrerizas Altas de Melilla, para conocer de primera mano el grado de aceptación de los trabajos de José Valero y Belenguer por parte de las élites intelectuales españolas (Torres Campos, 1894).

4. VIAJERO EN FERNANDO POO

A principios de febrero de 1891, José Valero se trasladó a Santa Isabel de Fernando Poo, una vez cumplida su misión en la región continental, juzgando indispensable, como buen emisario de la Sociedad Geográfica de Madrid, recorrer la isla para realizar «observaciones propias» y resolver con fundamento múltiples cuestiones pendientes...

«... no para descubrir ni inventar cosa alguna, sino simplemente para evitar la falta apuntada y apreciar el valor de las afirmaciones hechas acerca de las costumbres de sus habitantes, riqueza del suelo y estado del comercio y de la agricultura» (Valero, 1892).

Su primera excursión fue un intento de ascensión al pico Santa Isabel, junto al gobernador José Barrasa, frustrado a medio camino por falta de agua, pero que le permitió comprobar la salubridad de los lugares elevados y su idoneidad para el cultivo del café. De regreso a la capital, se dedicó de lleno a organizar una vuelta completa a la isla, con un itinerario planificado en el sentido contrario a las agujas del reloj, que tenía como bases de referencia y avituallamiento las bahías de San Carlos, al oeste y la de Concepción, al este, y como finales de etapa las diversas fincas y factorías establecidas a lo largo de la costa. Al carecer de recursos, se limitó a aceptar lo poco que pudo ofrecerle el representante de la Compañía Trasatlántica en la isla: tres crumanes y

algunos productos europeos que solían gustar a los naturales, como tabaco, telas, ron, escopetas y sombreros. La comitiva, a la que se unió como intérprete un bubi educado en la misión católica llamado Pela, partió en dirección oeste, hacia San Carlos, el 24 de febrero de 1891, retornando a Santa Isabel desde Concepción el 26 de marzo, después de recorrer la costa oriental. Por más que pueda arguirse que Valero poseía una ventajosa experiencia como militar, fruto de su larga estancia en la beligerante Cuba (Saro, 2018), el hecho de decidirse a dar una vuelta completa a Fernando Poo con semejante séquito nos confirma la escasa conflictividad de esta isla y la relativa facilidad para recorrer el camino.

Tampoco responde al objeto de este artículo analizar los pormenores, minuciosamente detallados, de cada uno de los 30 días en que se alargó la excursión, por lo que únicamente destacaremos aquéllos que tengan alguna relación con la semana comprendida entre el jueves 12 y el jueves 19 de marzo de 1891, en la que Valero, siempre acompañado por Juanola, permaneció en el ‘Reino de Riabba’. Señalaremos, pues, tan solo dos aspectos, que a nuestro parecer influyeron en la percepción que sobre la isla obtuvo nuestro viajero en el preludio de su visita al valle de Moka: uno, la ocupación efectiva de buena parte de la costa por finqueros, mayormente fernandinos,⁸ dedicados al cultivo del cacao y estrechamente relacionados con los bubis de la zona, a quienes compraban parte de su producción de aceite de palma y ñames; y dos, la escasa dificultad para circunvalarla siguiendo el trazado de las veredas bubis, perfectamente transitables para cualquier buen andariego, entre las que destacaban las que recorrían el paso natural que unía las bahías de San Carlos y Concepción, cuyo punto central y más elevado era el valle de Riabba. En relación a estos senderos, cabe puntualizar que ya en 1845, el misionero metodista inglés John Clarke, uno de los primeros blancos en recorrerlos, los describió como un espacio «cubierto de poblados», por el que se podía ir y venir a Riabba desde Luba en un día (Martín del Molino, 1994).

⁸ Grupo multiétnico y multiracial que constituía la clase criolla de la isla y detentaba buena parte de los negocios.

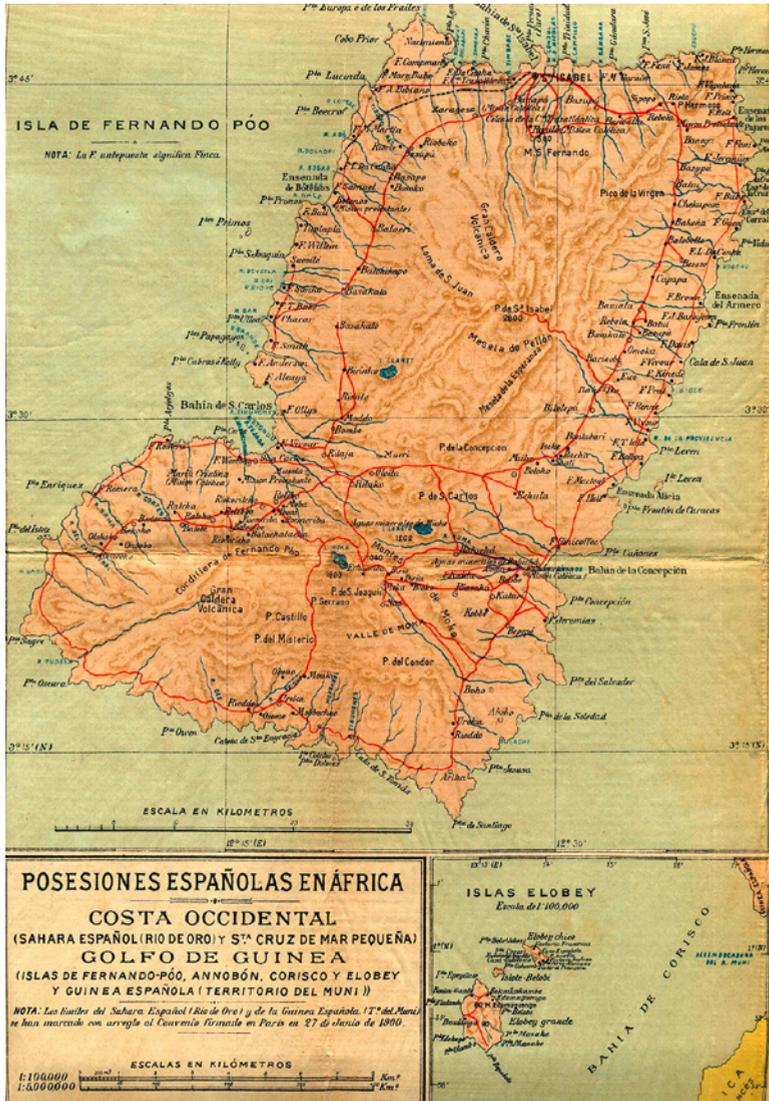


Fig. 2. Mapa de la isla de Fernando Poo publicado poco después de la firma del tratado de París de 1900, en el que pueden apreciarse las principales sendas búbis que recorrían la isla y la localización de las fincas situadas a lo largo de la costa, la mayoría de ellas visitadas una década atrás por José Valero. Nótese la profusión de caminos, la mayoría convergentes en Moka, que transitaban por el paso natural existente entre las bahías de San Carlos al oeste y de Concepción al este.

Fuente. Editorial Martín. Barcelona. Mapa suelto. Colección particular del autor.

El uso de las fincas como alojamientos al final de cada jornada permitió a Valero conversar con sus dueños y conocer de primera mano su parecer sobre las «costumbres y cosas de Fernando Poo», siendo de destacar, como muy bien anotó, que diversos viajeros habían recogido y publicado al pie de la letra algunas de estas opiniones sin molestarse a comprobar su veracidad, dándose a menudo finqueros que emitían opiniones desfavorables y tendenciosas de los bubis porque no les perdonaban su aversión a contratarse de braceros. Según Valero, el desconocimiento sobre su realidad debía atribuirse a que se los había estudiado poco, dado que los viajeros que recalaban en Fernando Poo, en lugar de andar visitando los pueblos, preferían ascender al pico Santa Isabel, por poseer más encantos, o recorrer en barca la costa y conversar con los dueños de las fincas, lo que les llevaba a divulgar errores por pretender hablar de los bubis solo de oídas.

5. EXPEDICIÓN EN LA ZONA MERIDIONAL DE LA ISLA

Valero dedicó el segundo capítulo de su diario sobre su periplo alrededor de la isla de Fernando Poo a narrar los catorce días (del 5 al 19 de marzo) en los que recorrió por distintas sendas bubis los poblados situados en el corredor natural que separaba las bahías de San Carlos, al oeste, y de Concepción, al este. Durante los cinco primeros días se alojó en la próspera finca de cacao de Francisco Romera, situada cerca de la Punta Arjelejos. Con este oficial de la Marina española establecido en la isla desde hacía siete años, a quien reconoce como un interlocutor dotado de «conocimientos y experiencia», visitó los alrededores de la bahía, en especial las misiones protestante y católica, situadas en los terrenos elevados al sur de San Carlos, a poca distancia la una de la otra, llamándole la atención la existencia en el pueblo de Baya de una muchuca, llamada Sibelo, dada a usar barba postiza en las fiestas como solían hacer también los hombres.

A partir del día 9 se les unió el Padre Juanola, recorriendo juntos las alturas de Mussola, en cuyo territorio se levantaba el sanatorio *Alfonso XIII*, por aquel entonces recién construido y ya prácticamente abandonado por la dificultad que entrañaba trasladar allí a los enfermos desde Santa Isabel. El día 11, en lugar de ascender directamente hasta las alturas de Riabba, decidieron pasar a la costa oriental a través del valle que transcurre «en suave declive de la costa O. a la oriental, entre los dos Bolokos», alcanzando la bahía de la Concepción por la tarde sin el menor contratiempo y después de desviarse en dirección SE para visitar diversos asentamientos bubis, en especial Baitaita, el poblado des-

de el que partía la senda principal que accedía directamente, en menos de cinco horas andando, a las «praderas de Riabba, residencia de Moka».

La primera noche en Concepción, Valero platicó con Valcárcel, un ‘sierraleona’ casado con una mujer de Santa Isabel, pudiendo comprobar el estrecho intercambio de mercancías que mantenía este finquero con los bubis de la zona, a quienes llamaba a negociar con repetidos disparos de fusil. Lo mismo hacían otros finqueros establecidos a lo largo de la costa. A la mañana siguiente, siempre con Juanola, visitó la misión católica, establecida por este mismo misionero tres años antes entre dos pueblos bubis, Bolobe y Biapa, pudiendo comprobar como en tan poco tiempo ésta había extendido su área de influencia por toda la región gracias a los buenos oficios de su fundador, quien por todas partes «encontraba muchos conocidos y adquiriría nuevas amistades».

Así pues, a pesar de que Valero distingue entre los pueblos bubis de la costa y los del interior, «más aguerridos y numerosos», resulta obvio que las reducidas dimensiones del espacio geográfico del que estamos tratando, su densidad demográfica y su relativa accesibilidad, no permitían de ninguna manera la existencia de una especie de Machu Picchu bubi capaz de ejercer su soberanía sobre toda la isla y sortear desde la lejanía, el aislamiento y la invisibilidad la formidable presión de misioneros, comerciantes y finqueros ejercida desde los inicios mismos de la colonización.

Un aspecto más que realza la fluida conectividad entre la costa y el interior, es que el día 14, el tándem Valero-Juanola se puso en camino hacia «las más altas praderas del sur» haciéndose acompañar de «7 u 8 niños» que voluntariamente se habían ofrecido como porteadores, «quedándose llorosos los demás que también querían venir». No sin cierta sorna, Valero anota que la última muralla que defendía los «dominios del misterioso rey de los bubis», según andaban contando viajeros «que nunca se molestaron en pisarlos», no era otra cosa que un escarpado cerro de 200 metros de altura.

5.1 En los dominios del misterioso rey de los bubis

Una vez superada ‘la muralla’, se abría, en palabras de Valero, un paisaje que se parecía a los de la Península: «una pradera extensa rodeada de cerros, con gupos de árboles aislados, hermosas plantaciones y rebaños de cabras y ovejas». Con tan solo una caminata de media hora en dirección oeste se llegaba a un poblado corriente con una plaza en la que se situaba la morada de Moka, cuyo aspecto no difería mucho de la de otros jefes bubis. Acaso, la empalizada, que encerraba un grupo de «25 ó 30 chozas», conectadas por toscas escaleras y

pasillos con el suelo nivelado, era algo más alta, hasta alcanzar los tres metros. Dentro del recinto se veía, a la izquierda, una escalera de anchos peldaños que dominaba el cerco y servía de asiento al muchucu en las fiestas y actos de justicia. ‘Moka’ no era ningún topónimo, pues el pueblo de este muchucu se llamaba Dividi, un lugar que podía recorrerse sin dificultad por disponer de «sendas limpias y bien trazadas». O sea, un distrito sin misterio, nada que ver con Beijing y su Ciudad Prohibida. Y menos, cuando el mismo ‘rey invisible’, «de elevada estatura y formas atléticas, con la cara ancha y la cabeza algo mayor que lo ordinario», salió a darles una cariñosa bienvenida adornado con «ajorcas de moneda bubi en los brazos y piernas y un tapa-rabos corto» y con el cuerpo «primorosamente pintado de rojo» y acompañado de una mujer «de color claro y hermosas formas» que sostenía una pipa repleta de tabaco, que de cuando en cuando la tomaba Moka, «o como le llamaban, *Mokatá*», un personaje contento de recibirlos y un perfecto anfitrión que al anochecer mandó celebrar bailes para agasajar a sus invitados, en los que él mismo participó. En la mirada de Valero, el rasgo más sobresaliente de este muchucu era la bondad, y si se le adornaba con cualidades contrarias a ésta era por causa de un explorador extranjero que jamás le vio, pero que sintió equivocadamente sus iras porque «le confundió con el muchucu de Boloko del E., que también se llama Moka».

Llegado a este punto, Valero se muestra plenamente consciente de que en Riabba ni hay un rey invisible que gobierna sobre los demás muchucus, ni misterio alguno que pueda justificar los relatos fantasiosos de viajeros que nunca pisaron aquellas tierras, como tampoco una dinastía cuyo sucesor fuera un ‘príncipe’ llamado Sas Eubera. Más bien todo lo contrario, Valero pudo comprobar de primera mano como Sas era un muchucu más, enemistado con Moka a causa de las rivalidades existentes entre dos poblados vecinos pero pertenecientes a la autoridad de uno y otro. En la encarnizada lucha que se desató, donde no faltaron las escopetas de chispa, Sas fue derrotado por Moka, lo que le acarrió la ruina «a causa de los regalos que tuvo que hacer y del ganado que le mataron». A pesar de ello, Sas continuó viviendo tan tranquilo y a su aire en sus dominios, aun pesando sobre él la amenaza de que si salía de su territorio lo matarían, amenaza que, en la percepción de Valero, demostraba que Moka no podía ser el rey de toda la isla porque, de haberlo sido, el derrotado Sas nunca se hubiese atrevido a seguir una conducta distinta a la dictada por su superior y vencedor. Tal como Valero lo describe, la primera vez que lo vio, penetrando en su poblado acompañado del padre Juanola, se deduce que Sas era un muchucu con un perfil en las antípodas de Moka, astuto y firme en la observancia de la ley bubi, a la vez que desconfiado, desafiante y refractario a las lisonjas de un exótico misionero que se otorgaba a sí mismo el rol de

plenipontenciarlo del Reino de España y que pretendía llevarse a los niños para educarlos en su misión:

«... el padre Juanola no pudo contenerse y penetró gritando: España viene, ¿dónde está el muchucu? A los pocos instantes se presentó un indígena de estatura regular, bien formado, con facciones correctas y barba ensortijada y negra con algunas canas; un sombrero grande como el de nuestros campesinos, exento de adornos; un collar de fibras vegetales, de cuyos extremos y descansando sobre el pecho y la espalda, pendían dos cráneos, uno de antílope y otro de mono, bien conservados; un taparrabos de piel y una especie de ligas con plumitas encarnadas, constituían su traje; el cuerpo estaba pintado con esmero de la cabeza a los pies. Era Sas. Su mirada expresiva y algo aviesa, convenía con su mala fama. (...) De los misioneros no tenía queja, pero según su opinión el mejor libro del bubi es el palo con que trabaja la tierra» (Valero, 1892, 108).

Por otro lado, la limitación del poderío de Moka avalaba también la escasa trascendencia que obtuvo la expedición de 1887 dirigida por el teniente de Infantería de Marina Luís Sorela, acompañado por el gobernador de la colonia Luís Navarro y el padre Joaquín Juanola, entre el 24 de noviembre y el 6 de diciembre (Sorela, 1894). En la apreciación de Valero, fue un error haber concretado solo en la figura de Moka la expedición que se había organizado en 1887 «con tanto brillo y aparato oficial», y no en el conjunto de muchucus de la comarca, en especial el de Maié, por ser «el más temido de la Concepción», si lo que se pretendía era adelantar en las conveniencias de la misión católica y la españolización de los indígenas. Para mayor escarnio, aquella aparatosa y estéril puesta en escena no dejaba de tener su punto chambón por haberse extendido un documento oficial, mostrado con orgullo por el mismo Moka, en el que las autoridades españolas se dirigían a él como el «Gran Cocoroko», una locución estrafalaria, replicada con anterioridad en otros documentos oficiales, y hasta en las revistas de geografía, que no guardaba relación alguna con ‘butucu’, ‘muchucu’ o ‘moitari’, únicos términos válidos para designar autoridades ya que ‘cocoroko’ solo se podía traducir por ‘aguardiente’ o ‘ron’, como muy bien reconoció el padre Juanola.

La mayor permanencia de Valero en Riabba, en relación a los otros lugares de la isla que visitó, obedecía, según confesión propia, a que su gran deseo era esclarecer si Moka era el jefe de una monarquía «según lo divulgado en publicaciones y creencias de los habitantes de Santa Isabel», razón por la que con la ayuda de su intérprete procuró aclarar este extremo con el mismo Moka. A partir de determinados comentarios, en los que Moka se jactaba de cosas que pare-

cían colocarlo por encima de los demás jefes, como que participaba activamente en la lujúa para mantener la paz y evitar crímenes, de ser el muchucu que poseía el taburete mejor trabajado, o de dar las fiestas más fastuosas de aquellos lugares, Valero admitió que podía resultar creíble reconocerlo como tal. Sin embargo, por su experiencia previa a su visita a Riabba, no podía asentirlo porque era consciente de la existencia de otros muchucus, como Sopo, el de San Carlos o Bebichupó, el de Batete del Norte, que no le rendían ninguna pleitesía porque se consideraban a sí mismos igual de poderosos por ser igual de ricos y por ser, además de muchucus, moitaris, «exactamente lo mismo que Moka».

6. CONCLUSIÓN FINAL

Debemos, pues, cerrar este artículo con la certeza de que José Valero quedó plenamente convencido de que en la cultura bubí solo la cantidad de bienes que cada muchucu poseía marcaba entre ellos su categoría, razón por la que finalmente, después de haber platicado con el mismísimo Moka, descartó la posibilidad de que éste fuera el rey de toda la isla, a la vez que negó que tuviera razón de ser su supuesta invisibilidad, admitiendo que, como mucho, las alturas de Riabba despertaban entre los bubis cierto sentimiento de «respeto y cariño» por tratarse de un lugar que les había ofrecido refugio durante algunos episodios turbulentos del pasado, pero que «por aficiones y temperamento» formaban una cultura que tenía tendencia a vivir cerca del mar, en unidades territoriales independientes que no mantenían vínculo alguno de vasallaje con el pretendido reino de Riabba.

Conforme a su criterio, avalado en su día por los miembros más destacados de la Sociedad Geográfica de Madrid, pero hoy prácticamente ignorado por los estudiosos del pasado bubí que debaten sobre la existencia o no de un protoestado precolonial en la isla de Bioko, Moka gozaba entre los bubis de cierta «popularidad y prestigio» por su edad, sus riquezas y por habitar en un «lugar que en el pasado les salvó por algún tiempo». Prestigio y popularidad no equivalían a poder y soberanía.

BIBLIOGRAFÍA CITADA EN EL TEXTO

AYMEMÍ, Antonio (1942). *Los Búbis en Fernando Poo. Colección de los artículos publicados en la revista colonial La Guinea Española*. Madrid: Imprenta de Galo Sáez, pp. 191-195.

- ARANZADI, Juan (2018). «Leyendas e historias sobre el reino de Riabba (algunos indicios para una sospecha), en *ayer, Revista de Historia Contemporánea*, n.º 109, pp. 59-83; e «Historias claretianas sobre el rey de Moka», *ayer, Revista de Historia Contemporánea*, n.º 109, pp. 85-107.
- BAUMANN, Oscar (2012). *Una isla tropical africana. Fernando Poo y los bubis*. Madrid, Sial.
- FRAZER, James (1944). *La Rama Dorada. Magia y Religión*. México, Fondo de Cultura Económica.
- MARTÍN DEL MOLINO, Amador (1993). *Los bubis. Ritos y creencias*. Madrid, Labrys 54, pp. 277-281.
- (1994). *La ciudad de Clarence*. Madrid: ICD/AECI, p. 196.
- PUJADAS, Tomás L. (1968): *La Iglesia en la Guinea Ecuatorial. Fernando Poo*. Madrid, Iris de Paz, pp. 257-267.
- RODRÍGUEZ ESTEBAN, José Antonio (1996). *Geografía y colonialismo: La Sociedad Geográfica de Madrid (1876-1936)*. Madrid, Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid.
- TORRES CAMPOS, Rafael (1894): «A la memoria de José Valero y Belenguer», sesión extraordinaria celebrada el día 21 de Noviembre de 1893. *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, t. XXXVI, pp. 43-83.
- SARO GANDARILLAS, Francisco (2018). *Valero Belenguer, José (voz)*, en *Diccionario Biográfico*. Real Academia de la Historia.
- SORELA GUAXARDO-FAXARDO, Luís (1894). «Una expedición al país de los Bubis (extracto de un diario de viaje)», en *Revista Antiesclavista*, año V, n.º 17, pp. 266-289.
- VALERO BELENGUER, José (1891 y 1892). «La Guinea Española», en *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid (BSGM)*, t. 31, segundo semestre de 1891, pp. 209-234; y t. 32, primer semestre de 1892, pp. 144-243.
- VILARÓ I GÜELL, Miquel (2012). «Las acciones del gobernador José Barrasa en los litigios territoriales con Francia en Río Muni», en *Documents d'anàlisi geogràfica*, vol. 58, n.º 2, pp. 265-284.

RESUMEN

DECONSTRUYENDO LA FICCIÓN DEL REINO DE RIABBA: LA VISITA AL REY MOKA DE JOSÉ VALERO Y BELENGUER

El relato sobre la extraña, casi misteriosa, majestad bubí que puede leerse en la obra de Óscar Baumann dio pie a un enredo mayúsculo sobre la posible existencia de un reino en Riabba, jerárquicamente dominante en la sociedad bubí de la isla de Fernando Poo. La 'expedición oficial' de 1887 para visitarle, llevada a cabo por el teniente de Marina Luis Sorela acompañado por el gobernador de la colonia Luis Navarro, y con el padre claretiano Joaquín Juanola como guía, contribuyó a dar visos de vera-

ciudad a su posible existencia. No obstante, la simple excursión a Riabba que en 1891 realizó José Valero como comisionado de la Sociedad Geográfica de Madrid, guiado también por Juanola, debería haber sido suficiente para demoler una entelequia que aún a día de hoy genera debate entre los estudiosos del pasado bubí. El objetivo de este artículo es exponer el punto de vista de José Valero sobre la figura del supuesto rey Moka en aras a reivindicar una perspectiva que ha pasado desapercibida en los debates sobre la existencia o no de tal reino.

Palabras clave: Valero, Baumann, Juanola, Moka, Riabba, Sas Eubera, Sociedad Geográfica de Madrid, Fernando Poo.

ABSTRACT

DECONSTRUCTING THE FICTION OF THE RIABBA'S KINGDOM: THE VISIT TO THE MOKA KING OF JOSÉ VALERO AND BELENGUER

The story about the strange, almost mysterious, bubí majesty that can be read in the work of Oscar Baumann gave rise to a major entanglement about the possible existence of a kingdom in Riabba, hierarchically dominant in the bubí society of the island of Fernando Poo. The «official expedition» of 1887 to visit him, carried out by the lieutenant of Marina Luis Sorela, accompanied by the governor of the colony Luis Navarro with the Claretian father Joaquín Juanola as a guide, contributed to give a glimpse of the veracity of his possible existence. However, the simple excursion to Riabba that José Valero made in 1891 as commissioner of the Geographical Society of Madrid, also accompanied by Juanola, should have been enough to demolish an entelechy that still generates controversy among researches of the Bubi past. The objective of this article is to expose the point of view of José Valero on the figure of the supposed king Moka in order to claim a perspective that has gone unnoticed in the debates about the existence or not of such a kingdom.

Key-words: Valero, Baumann, Juanola, Moka, Riabba, Sas Eubera, Sociedad Geográfica de Madrid, Fernando Poo.